

EL VALDIVIANO FEDERAL.

AGRICOLA SPECTAT FRUCTUM SEROTINUM

Se vende en esta imprenta, media cuadra arriba de la Merced, y en la esquina de D. Diego Uñan, calle del Estado, una cuadra de S. Agustín por la Cañada.



Se remitirán a la imprenta los comunicados que quieran publicar, con tal que no sea de interés personal, los que no tendrán lugar de ningún modo.

Practicar el bien fuera del peligro es la virtud de hombres ordinarios, sostener su pro-
bida en medio de los riesgos y las persecuciones, es el efecto de una constancia heroica.

METRO NÚM. BIBLIOTECA NACIONAL

NÚM. 25

ABRIL 21 DE 1829

LIBRERIA AMERICANA

"VOTE LINDO MEDINA"

DESDE que en varios periódicos ministeriales leímos las denominaciones con que sus editores pretendían hacer odioso el sistema federativo, nos propusimos insertar las opiniones de los autores más clásicos que lo recomiendan como el único que garantiza las libertades públicas. Si el convencimiento no bastaba á acallar á sus impugnadores, justo era oponerles todo el peso de las autoridades más respetables: conforme á este propósito hemos transcrito en nuestros dos números precedentes, lo que en su apoyo han escrito Montesquieu, Mahli, Burlamaqui, Salas, Bentham, Decaria, y podríamos agregar otros muchos; mas por ilustrar á los pueblos, que por esperar que la facción unitaria desista de sus designios ambiciosos y opresivos: es doloroso decirlo, ella jamás respetará el voto público si no es refrenada por la constancia y energía de los pueblos. Los unitarios son, respecto á las provincias, lo que fueron los españoles en otro tiempo respecto á la América. Como estos así aquellos jamás hallan aptos á los pueblos para el pleno goce de sus derechos, y quieren que siempre estén sujetos á su interminable tutela, empleanlo constantemente la fuerza para retenerlos en tan vergonzoso abatimiento. Puede con razón dudarse cuales han sacrificado más víctimas, si aquellos ó estos: si fijamos la vista en las Provincias del Rio de la Plata, es evidente que los unitarios. Diez y siete años han luchado contra los pueblos, y cuando creíamos aniquilado su poder funesto desalojó que en 827 cesó la presidencia de aquella república, y obtuvo el mando el benemérito general DORREGO, hemos visto con asombro estallar una reacción funesta que se le atentados que escandalizarán al mundo, y aunque algo hemos expuesto sobre este suceso en nuestros dos anteriores números, el art. siguiente publicado en el núm. 1.º de un periódico de la Provincia de Santa Fé titulado *el Federal*, dará una idea más cabal de él y de los horrores en que aspiraciones inmoderadas han envuelto aquellas provincias en circunstancias que reposaban en la más enviable tranquilidad bajo los auspicios de un gobierno protector de sus justos derechos.

REPUBLICA ARGENTINA.

Jamás el infortunio había acumulado tantas plagas sobre esta República. La enemistad, la

discordia, el ódio más violento despedazaba sus entrañas: la guerra civil ardía, y los argentinos corrían entre las llamas á clavar el puñal en el pecho de sus hermanos. La espada fratricida segeba millares de víctimas, y Buenos-Aires respondía con dolor á sus moribundos ayes. Pero esta provincia nada podía hacer por salvarlas: no era mejor su destino. Largo tiempo había luchado brazo á brazo con el poderoso monarca del Brasil: cubierta de glorias, sus laureles mismos la habían debilitado, y estaba ya postrada. Jamás fueron mayores sus privaciones, nunca más menor su poder: un ejército diminuto librólo pérfidamente al más espantoso abandono, y hecho el tipo de la miseria, formaba el único antemural de la República, era cuanto tenía que oponerse á la saña del imperio:—ese ejército no hacia sino aumentar los conflictos de la patria. Buenos-Aires sola debía continuar la guerra, pues que su gobierno entonces como ahora, había sabido concitar contra ella la desconfianza de sus hermanas: Buenos-Aires sola nada podía, y la guerra era concluida. Esa provincia lo sintió, ella lo sabe, y puede decir cuan cierto es esto, hasta que punto llegaba su consternación, y si conservaba alguna esperanza entre los sucesos del mes de julio de 827.

Tal era el estado de Buenos-Aires, tal el de la República entera en aquella época de fatal recuerdo. Entretanto el emperador del Brasil reina en nuestras desgracias: asido de ellas, nos mostraba una paz de vergüenza en justo castigo de nuestras desconfianzas. Entonces, los que estaban á la cabeza de los negocios, los que con tanto énfasis habían predicado sus exclusivas aptitudes, los mismos que habían traído á la República á esa formidable crisis, esos la abandonan, la confían al azar de la suerte:—huyen, y legan á sus sucesores afrenta y peligros. En tal aflicción, en tanto conflicto, en esta, como en otra época apurada, Buenos-Aires se arroja á los brazos del Sr. D. MANUEL DORREGO.....¿Ni quien podía salvarla?

*Pauci, quos aquus amavit
Jupiter, aut ardens evexit ad astra virtus;
Dis genitii potuere.*

Don Manuel Dorrego se hace cargo del gobierno de Buenos-Aires. A presencia de este solo suceso desaparece como por un golpe mágico la guer-

ta civil.....) La guerra civil con todas sus furias cesa en un momento!!! Esto es un fenómeno en la historia de los pueblos. Pero aun hay mas: las provincias fuertemente afectadas contra Buenos-Aires, se reconcilian con el nombre porteño. Ven dirigiendo sus destinos al elocuente defensor de los pueblos, al abogado impertérrito de las garantías, al animoso vencedor del despotismo, al esclavo del coronel Dorrego, y se apresuran á darle pruebas relevantes de su confianza. Le encomiendan la tutela de sus mas preciosos derechos, del honor de la vida misma del Estado, y lo hacen jefe supremo de la República. Bajo su direccion desplagan el ferviente patriotismo largo tiempo contenido por la perfidia (1), y á sus órdenes corren presurosos á sostener con brazo fuerte el pabellon nacional: la guerra entonces vuelve á tomar este carácter. El ejército del Sur tiene ya auxilios de todo genero, revive, se conmueve, su espumosa desercion cesa, y el furor bélico reanima á los bravos argentinos. Infatigable el jefe de la guerra, concibe y ejecuta un proyecto digno de su jenio: otro ejército aparece en el norte, sus primeros pasos hacen temblar al imperio, y sus movimientos primeros coronan la obra.

Parece que empresas de tanta magnitud, negocios de tal trascendencia deberian absorber la atencion toda del que los dirige: pero no, la provincia que especialmente le estaba encomendada, recibia en cada momento pruebas estimables de su zelo, de su adhesion, de su patriotismo, de su actividad incansable. Buenos-Aires aligerada en poco tiempo de gran parte de sus penurias, se pone en mejor actitud de prestar nuevos servicios á la cruz nacional. Sus leyes entretanto son religiosamente respetadas, su prosperidad crece, y reciben un enérgico impulso los establecimientos destinados á fomentarla.

La campaña deja de ser como hasta entonces presa de los salvajes, y sus nuevas fortificaciones le dan para siempre una garantía respetable: este árduo empeño, inútilmente meditado por tantos años, se ve al fin realizado en esta memorable administracion, y á esfuerzos generosos de un jefe, modelo de patriotismo y decision (2).

Este aspecto lionjero habian tomado en poco tiempo los negocios públicos al cargo del señor Dorrego: los enemigos de la República lo notaron bien pronto. Se apercibieron de que el saber, el patriotismo y la energía presidian sus nuevos destinos, y bajaron el tono en que le habian hablado: le consideraron y el comediante sucedieron al ultraje y al desprecio. El emperador del Brasil, que á la humilde demanda de paz del señor Rivaravia, le habia concedido como por gracia el deshonrar, el vilipendio, la infamia de la República, ese mismo monarca hacia poco despues al señor Dorrego proposiciones espontáneas y repeti-

(1) Las provincias durante la presidencia cesaron de enviar contingentes para la guerra nacional, por temor de que se abusase de esa fuerza para oprimirlas, como se habia intentado con una division de Mendoza, y habia sucedido con los contingentes de Salta y Tucuman: la época presente que principió el 1.º de diciembre, ha venido á confirmar de un modo notable la justicia de aquel temor.

(2) El señor general don Juan Manuel Rosas, quien concibió y propuso los medios de establecer la nueva línea de frontera, y la plantificó el mismo

das; proposiciones que si no satisfacian la justicia, salvaban al menos el decreto; proposiciones al fin capaces de mover á una alma cuya esencia no fuere la firmeza. Pero el patriotismo de Dorrego no sobreponerse á todo: él queria arrancar un homenaje solemne á la justicia, y lo consiguió al fin. Consiguió la libertad del pueblo Oriental, único objeto de la guerra; consiguió cuanto era posible pues que los orientales mismos hubieran rechazado una proteccion ulterior. Firmó la paz en 27 de setiembre de 828, y la República Argentina apareció ese dia á la faz del mundo, llena de gloria, cubierta de majestad. Un grito universal la saludó, y las provincias repitieron con entusiasmo el nombre de Dorrego.

Pero los pueblos pronunciaron entonces el fatal decreto: sus consideraciones; sus respetos, su viva gratitud por el héroe colmaron el despacho de sus viles enemigos. En vano habian intentado estrabar de mil modos la marcha de su gobierno: á cada paso le tendian una red, le oponian á cada accion un embarazo; maquinaban en secreto, y el libertinaje mas torpe, un furor frenético agitaba en público sus plumas: todo en vano, el jefe del gobierno ni lo perturbaban los gritos de seccion, ni las maquinaciones de los perversos lo atrehaban: dió libertad á Buenos-Aires, dignidad y gloria á la República. Dorrego todo lo obtuvo, sus antecesores nada pudieron, esta idea atormentadora los conmueve, exalta su ólio, irrita su envidia, y pone en accion su bárbaro rencor. Llegó ya el tiempo oportuno: pasáron los conflictos, y sucedió la bonanza: esta es la época en que esos hombres pueden ostentar su audaz altanería, su majadero orgullo. Es verdad que la ejecucion de sus horrendos desigmos hará correr la sangre á torrentes: no importa, *mande yo y pierdase la tierra*, este ha sido siempre el lema de la faccion unitaria. Es verdad tambien que la provincia de Buenos-Aires ha dado solemnes y repetidos testimonios de adhesion á su jefe: es verdad sobre todo, que no pueden atentar contra él sin ultrajar á las demas provincias, que con ausencia y de consentimiento expreso de aquella depositáron en el gobernador Dorrego la magistratura nacional: esto es cierto, pero es precisamente lo que mas los estimula. Est provincias que honran á Dorrego, son las mismas que rechazaron la aborrecida dominacion de sus enemigos, y desairaron su ridicula presidencia: es preciso humillarlas, exterminando en su presencia al que ha sabido complacerlas, y este es el lujo de la venganza. Para hacerla mas espléndida, alzaron los conspiradores del ejército nacional, y la fuerza misma de los pueblos sirvió para ultrajarlos.

Un joven infante, que en su temprana edad lleva ya su frente el sello de la execracion universal, el general Lavalle es el elegido para ejecutar la obra de iniquidad. Se pone á la cabeza de dos mil hombres del ejército nacional, y con ellos aparece en la plaza mayor de Buenos-Ayres el dia 1.º de diciembre, dia de escándalos, dia precursor de horrores. Desde su puesto amaga Lavalle á la fortaleza, y domina y oprime á la ciudad. El jefe del gobierno salva, se presenta en la campaña, imparte sus órdenes, y á su voz, y á la del valiente general Rosas, apoyo constante de las leyes, los ciudadanos libres de la fuerza invasora corren á millares á sostener la autoridad legitima. Los distinguidos coronales Iguierdo y Pinelo, otros jefes y oficiales de honor, descom-